



John Warren, *The past and its presenters. An introduction to issues in historiography*, Hodder & Stoughton, Abingdon, 1998. VI+233 pp. ISBN: 0-340-69934-4.

Preface, IV; 1. Defining history, 1; 2. From the birth of historiography to the Renaissance, 32; 3. From the Enlightenment of the Eighteenth century to von Ranke and the rankean tradition, 89; 4. Historiography from Marx to the *Annales* School, 126; 5. The value of history, 159; 6. Historians on history, 181; Conclusion, 197; Further reading, 205; Notes and references, 210; Bibliography, 222; Index, 228.

Anna Green y Kathleen Troup (selec. e introd.), *The houses of history. A critical reader in twentieth-century history and theory*, Manchester University Press, Manchester, 1999. ISBN: 0719052548. 338 pp.

Preface, VII; Acknowledgements, IX; 1. The empiricists, 1; 2. Marxist historians, 33; 3. Freud and psychohistory, 59; 4. The *Annales*, 87; 5. Historical sociology, 110; 6. Quantitative History, 141; 7. Anthropology and ethnohistorians, 172; 8. The question of narrative, 204; 9. Oral History, 230; 10. Gender and history, 253; 11. Postcolonial perspectives, 277; 12. The challenge of poststructuralism/postmodernism, 297; Index, 327.

Es evidente que la historia pasa por momentos de duda sobre su condición, lo que lleva a constantes revisiones sobre su esencia, su papel en la vida pública o sobre los elementos que la caracterizan. En ese contexto, no es de extrañar que sean muchas las reflexiones sobre el pasado de la disciplina que se suceden en nuestros días. La historiografía, en el sentido más amplio de la palabra (las obras, los historiadores, las corrientes en las que éstos se insertan), ofrece un campo que se ha descubierto con una mezcla de sorpresa incrédula y curiosidad, por constatar la existencia de un mundo tan cercano pero a la vez tan alejado de los intereses generales de la profesión. En este sentido, las obras que se acercan a materias historiográficas proliferan y el flujo de estos últimos años (“a todos nos gusta hoy la historiografía”), motivado en buena medida por la puesta en cuestión de corrientes consideradas sólidas y estables, así como por el derrumbe de la asumida unidad paradigmática, ha supuesto un incremento de un asunto que sólo había sido abordado de manera tangencial, casi meramente instrumental, de descripción bibliográfica más que de análisis sobre la realidad de la práctica histórica.

No voy a realizar un estado de la cuestión sobre lo publicado, que excedería con mucho las posibilidades de estas páginas, pero sí comentar los libros indicados en la cabecera de esta reseña, unas obras que muestran la diversa orientación, alcance y ambición de la aproximación a la historia desde la historia.

En primer lugar, cabría destacar la falta de reparos que en el mundo anglosajón existe para acercarse al pasado de la disciplina, y no sólo ya al más cercano en sentido geográfico, sino también a todo aquel que despierte la curiosidad y que sirva para explicar el cambio en el seno de una disciplina que sólo ha surgido como tal en fechas relativamente recientes, al menos si atendemos a su profesionalización. A diferencia de Francia, la atención es, además de por lo más inmediato, también por lo más lejano y, buena muestra de ello son las obras recogidas. Todas ellas abarcan amplios espacios temporales y geográficos, aunque su orientación diverja.

Comenzaré con la obra de John Warren, *The past and its presenters*. Como su subtítulo indica, se trata de una introducción en la que se abordan cuestiones muy diversas, tanto de planteamiento de los problemas de fondo que subyacen en la práctica histórica, como un recorrido por las formas que ha adoptado la disciplina y las cuestiones más candentes en el momento actual. En el prefacio justifica la utilidad de un libro de estas características destinado a profesores de enseñanza secundaria, lo que implica, a su vez, justificar la historia para alumnos de entre 14 y 16 años, y por ello a hacerles comprensibles toda una serie de temas. Este libro trata de aclarar los temas que el autor considera fundamentales en un momento en el que, como señala, es preciso tomar postura y recurrir a las enseñanzas de los antiguos historiadores. Por ello comienza por lo más básico, definiendo qué es la historia: "History is the past, and historians are those who study and write about history" (1). Esta definición le lleva a plantearse algunas de las cuestiones más controvertidas en el debate historiográfico de los últimos años: ¿es la historia algo más que historiografía, algo más que escritos sobre la historia? ¿son las fuentes una vía segura, objetiva, hacia el pasado? ¿es la historia una ficción? A partir de ahí revisa el contenido de las propuestas más radicales respecto a estas cuestiones y las somete a crítica (13-23), aportando los argumentos, por ejemplo, del debate entre Carr y Elton; argumentando a favor de la historia en base a la profesionalidad del historiador o cuestionando las propuestas de los posmodernos a partir de su relativismo. En cualquier caso, concluye rechazando las propuestas posmodernas y proponiendo que el historiador asuma sus propias distorsiones para poder ofrecer una explicación sobre el pasado basada en la realidad. No deja de ser llamativo que el impacto del postmodernismo haya provocado la necesidad de reflexionar acerca de la historia que se imparte en las aulas de bachillerato *desde* esas mismas aulas y no desde fuera de ellas.

Justificada la historia y sus posibilidades, pasa a revisar los principales historiadores desde los orígenes de la historia en Grecia a partir de cinco criterios: tipo de historia, técnicas, lenguaje y estilo, propósito del historiador y capacidad de crear escuela. El repaso tiene como objeto mostrar los ele-

mentos más significativos de lo que se identifica como una larga tradición historiográfica, en la que las preguntas que todos ellos se plantearon sobre la naturaleza de la historia, su valor y el método seguido para su transmisión, siguen teniendo pertinencia y utilidad en la actualidad. Significativamente, cuando entre en la historiografía del siglo XX analiza la repercusión del marxismo y de *Annales*, y es que puede decirse que ambas son las escuelas más llamativas y con mayor impacto en el pasado siglo.

Como consecuencia del carácter misceláneo de esta obra, pasa después a examinar el valor de la historia, que recoge en diversos argumentos: La historia soluciona una básica necesidad psicológica, pues todos precisamos elementos de arraigo que no podemos redefinir cada mañana. Por ello, la historia es fundamental para nuestra identidad personal y social. Por extensión de lo anterior, la historia moldea la identidad nacional, así como todos los juicios políticos: proporciona lecciones (falsas o no), a las que responden los líderes, naciones y pueblos, algunas con implicaciones morales. La historia es, además, una magnífica disciplina intelectual que tiene beneficios indirectos en todas las sociedades y, por extensión de la anterior, estudiar historia es divertido. En este sentido, creo que es muy acertada la inclusión de dos entrevistas a historiadores para evitar lo que denomina el peligro de irrealidad de muchos libros de historiografía. Aunque parece evidente que la historiografía son las obras, no hay que olvidar a las personas que las llevan a cabo, su contexto y circunstancias, que pueden explicar de manera más completa la complejidad de una creación intelectual tan fronteriza como es la historia. En sus conclusiones, además de distinguir la historia narrativa de la historia analítica, expone las difíciles relaciones entre ambas, pero recalca un aspecto fundamental, muchas veces olvidado: el desacuerdo, la discusión, es la savia de la historia. Si una explicación del pasado se impone sobre la sociedad y es aceptada como universalmente válida o si la historia se ve como una actividad que sólo sirve para las necesidades inmediatas o los prejuicios de determinados grupos y no puede ser calificada como verdadera o falsa, en ese caso, la historia desaparecerá como tal (204).

La segunda obra que voy a comentar es la de Anna Green y Kathleen Troup, *The houses of history*, en la que avanzamos un grado en cuanto a la ambición, pretensiones y público potencial al que va dirigido. Básicamente consiste en una recopilación de textos de los que consideran los más importantes grupos o escuelas históricas en el siglo XX. Antes de presentar los textos seleccionados realizan preguntas como guía de lectura hacia los problemas planteados en la introducción a cada escuela. Comienzan con una frase contundente: "Every piece of historical writing has a theoretical basis on which evidence is selected, filtered and understood" (VII). Consideran esta afirmación válida para todos los movimientos, aunque en algunos sea

más evidente que en otros. En cierto modo, cada época aporta su propia sensibilidad a las evidencias que recoge y, como señalan las autoras, éste es uno de los rasgos que ayudan a entender la perdurabilidad de la profesión histórica y "one of the pleasures of working as an historian". Este libro surge de una asignatura de introducción a la historia y a la teoría que ambas imparten y que ha tenido una repercusión considerable en las universidades británicas, que recomiendan este libro a los alumnos que comienzan a acercarse al ámbito de la historiografía. Su idea era introducir a los estudiantes a las teorías que están tras los distintos textos históricos para así hacerlos más críticos, pues consideran que los estudiantes de historia tienen dificultades con la teoría en parte por la formación de carácter empírico que reciben. Un material así, señalan, no existía en inglés.

Es evidente que cualquier selección tiene mucho de parcial, de subjetividad, incluso de limitaciones. No es este libro una excepción en esa línea, pues el conjunto de elementos que la componen pecan de una cierta aleatoriedad, de una mezcla a veces no muy justificable entre métodos concretos, escuelas y puntos de vista sobre la historia. De igual modo, hay alguna ausencia llamativa, al menos si nos atenemos a la diversidad que caracteriza lo escogido. Así, no aparece mención a uno de los campos-escuela de más desarrollo dentro de aquellos que I. Olábarri identificó como los componentes de la nueva historia: la historia social alemana, la escuela de Bielefeld y su interés por la vida cotidiana. Tampoco aparecen menciones a la microhistoria, como un territorio de gran esplendor historiográfico y numerosas contribuciones. Soy consciente de que las ausencias siempre serán una parte sustancial de las presencias, pero no es menos evidente que cualquier recopilación, sea del tipo que sea, no queda invalidada por lo que falta en ellas, y más bien muestra su valor por medio de lo que aporta. En este caso, puede reprocharse la elección de los textos, o su perspectiva, que lleva a incluir las novedades más radicales frente a la que califican como la escuela de pensamiento histórico más importante del siglo, la empirista; o tal vez los criterios que marcan la decisión sobre los grupos o escuelas históricas que deben aparecer, incluso si alguno de los que incluyen puede calificarse como tal, pero dichas objeciones quedarán como parte de la tan necesaria discusión que ha de caracterizar la investigación y el conocimiento histórico.

En los dos libros que vengo comentado la característica común es que están dirigidos al mundo de la enseñanza, bien sea secundaria o universitaria, pero siempre como introducciones generales en un tema que, como señalaba al comienzo, se siente hoy como necesario. Hablando en términos economicistas, existe demanda para este tipo de textos, lo que no deja de ser una muestra de inquietud, probablemente más que de neocapitalismo intelectual. Inquietud, evidentemente, por la situación de la historia como disciplina, que

requiere una revisión y un examen más o menos cuidadoso. En cualquier caso, no deja de ser llamativo el interés por estas cuestiones a nivel del profesorado de secundaria y de alumnos universitarios en un espacio geográfico, el británico, aparentemente menos interesado por la reflexión que por la práctica, más dedicado a la investigación empírica que a la consideración teórica. Y sin embargo, el planteamiento de iniciativas editoriales como las que comento indica hasta qué punto la base teórica es un punto de partida que no impide la realización de estudios empíricos, es más, resulta una apoyatura fundamental para situar las balizas que nos encuadren como historiadores. Es significativa la distancia entre este tipo de iniciativas, dirigidas, repito, a un público no vinculado a la alta investigación, y la situación española, donde no sólo la reflexión historiográfica desde la historia sigue brillando por su ausencia, sino también la mirada hacia la historiografía como referencia genealógica. Afortunadamente, algo comienza a moverse bajo la superficie helada y ejemplos como los presentados aquí pueden servir de acicate e inspiración.

John Warren es el director de estudios sociales e históricos del Blessed Robert Johnson Catholic College, en Sropshire (Reino Unido). Entre sus publicaciones destacan: *Elizabeth I: Religion and Foreign Affairs* (1993); *The Wars of the Roses and the Yorkist Kings* (1995) y *Context: New Buildings in Historic Settings* (1998). Anna Green ha publicado: *British Capital, Antipodean Labour: Working the New Zealand Waterfront, 1915-1950* (2001).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Donald R. Kelley, *Faces of History. Historical Inquiry from Herodotus to Herder*, Yale University Press, New Haven, 1998. ISBN: 0-300-07308-9. XII+340 pp.

Preface, IX; Mythistory, 1; 2. Greek Horizons, 19; 3. Roman foundations, 48; 4. The education of human race, 75; 5. History in the Medieval Mirror, 99; 6. Renaissance retrospection, 130; 7. Reformation Traditions, 162; 8. The science of history, 188; 9. Philosophical History, 217; 10. Modern Historiography, 250; Epilogue, 273; Bibliography.

Donald Kelley no es un autor muy conocido en España. De hecho, sus obras no han sido traducidas salvo aportaciones a coloquios¹ y las referencias

¹ "El giro cultural en la investigación histórica", en: Ignacio Olábarri y Francisco Javier Caspistegui (eds.), *La 'nueva' historia cultural: la influencia del*